

***Scorched Earth. Beyond the Digital Age to a Post-Capitalist World*, de Jonathan Crary (2022)**

Londres. Verso. 134 páginas.

Reseña por José Fernández Vega

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina / Universidad de Buenos Aires, Argentina

Jonathan Crary ofrece una visión muy crítica de la omnipresencia de las pantallas en nuestro entorno vital. El “complejo internet”, como lo denomina el autor, sigue, como en su origen, al servicio de las finanzas y el militarismo, pero llegó a proyectarse como un dispositivo de alienación total. El problema de este enfoque, según se intenta indicar en este comentario, es que inmoviliza cualquier réplica política. Con todo, el análisis radical de este autor contribuye a iluminar aspectos a veces relegados de nuestra relación con la vida digital, como las consecuencias ambientales de su infraestructura o la dimensión peculiar que llegó a adquirir bajo la pandemia, comparable a un nuevo tipo de “sociedad del espectáculo”. También incluye observaciones sobre la captura de la atención, nuestra nueva relación con las imágenes y el interés corporativo por el “seguimiento ocular” o el estudio del rostro y su mímica. Crary sostiene una oposición frontal que, pese a sus posibles debilidades programáticas, abre un panorama a menudo original sobre nuestro entorno.

También Internet generó sus “apocalípticos” y sus “integrados”, por citar un título de Umberto Eco tan famoso como eficaz. El anterior libro de Jonathan Crary *24/7 Late Capitalism and the Ends of Sleep* (2013) se enrolaba claramente bajo la figura de los primeros; el más reciente, *Scorched Earth [Tierra arrasada]* tampoco se aleja de esa clasificación, incluso repite algunos motivos, si bien a partir de nuevas elaboraciones.

En *24/7* el tema central era la presión del capitalismo tardío sobre los límites biológicos del individuo. El adversario a vencer para el capital era la exigencia de descanso humano. Esa necesidad física dificultaba mantener a la población despierta todo el tiempo tanto para la productividad laboral ilimitada como para la reificación total del tiempo de ocio a través de las pantallas portátiles y una conectividad ininterrumpida. El argumento recurría a iluminaciones provenientes del cine y la literatura.

Scorched Earth, en cambio, se centra más específicamente en lo que denomina “complejo Internet” (en alusión al complejo industrial-militar denunciado por Eisenhower en 1961). La Red, sostiene Crary, produce mutaciones a todo nivel sobre los sujetos: conductuales, antropológicos y, por supuesto, también efectos inmensos a nivel social. Genera adicción, aislamiento, descalabra los ejes espacio-temporales de la vida. La omnipresencia de la red vuelve insignificante todo aquello que no se integra a ella.

Una tesis central de Crary es que resulta imposible reorientar Internet para volverla un instrumento, siquiera parcial, al servicio de la emancipación. Lo que hace falta, asegura, es cambiar de vida y desconectarse. Porque Internet es el capitalismo mismo, no ofrece intersticios; antes bien, expresa los esquemas financieros y militaristas que dominan nuestro mundo, y no se halla al margen de la agresión ambiental global. Internet es un dispositivo monopólico de captura del tiempo que expropia poder y despersonaliza. Para Crary la Red no parece brindar fisuras sobre las cuales intervenir políticamente y esta drástica posición puede

ser uno de los problemas que afecta a su argumento, por otra parte lleno de ideas radicales y de abordajes realizados desde múltiples y originales puntos de vista.

En opinión del autor, el propio diseño de Internet favorece la expropiación y la concentración que caracterizan el funcionamiento del mercado. Incluso la proclamada horizontalidad de la Red tiene efectos adversos sobre los movimientos sociales, puesto que los compartimentaliza en “nichos” identitarios y les dificulta asumir un lenguaje de clase justo cuando éste se ha vuelto más necesario dada la magnitud de la desigualdad y la precariedad sociales que imperan en el mundo. Construcción “intrínsecamente estadounidense” y estratégicamente destinada a “la administración defensiva del sistema mundial occidental”, Internet está orientada a la producción masiva de comportamientos, en particular entre los jóvenes, y a una sincronización de conciencias que desintegran el vínculo humano y corroen las particularidades culturales. Es la quintaesencia del mercado “libre” y desregulado. Por otro lado, su origen durante la Guerra Fría respondió a la necesidad militar de crear comandos nucleares descentralizados que funcionaran como “nodos supervivientes” con capacidad para seguir respondiendo a los ataques si los cuarteles centrales sucumbían.

Pese a su apariencia inmaterial, Internet exige una formidable provisión de energía fósil para su funcionamiento; además, ocupa cada vez mayores superficies para emplazar servidores que continúan multiplicándose exponencialmente. Crary recuerda, por otra parte, que cierta complacencia tecnológica fue un rasgo distintivo de una parte importante del pensamiento radical hasta los años 1970, también caracterizado por desestimar los problemas ecológicos. La última pandemia no sólo dejó en claro que la deforestación y la explotación de la naturaleza no eran problemas para un incierto futuro; la pandemia también obligó a que la vida misma transcurriera en la soledad de Internet: la educación, el trabajo, el ocio y una supuesta interactividad con los otros. La situación en la que nos hundió la pandemia impidió el necesario encuentro humano que en su momento propuso Guy Debord y nos introdujo de lleno en una especie de “sociedad del espectáculo” en la que se suspendió el mundo de la vida y floreció la ilusión de intercambios virtuales en una pantalla donde se abolía el espacio.

El lento regreso a la normalidad después de las restricciones que impuso la pandemia resultó paradójico dado que mostró que la salida desde el confinamiento hacia la calle volvía a llenar el ambiente público de personas entregadas a sus teléfonos inteligentes. A través de la conexión a la Red volvían a constituir, fuera de sus hogares, un conjunto de insularidades aunque carentes de los beneficios atribuidos por los románticos a la soledad: reflexión, interioridad, ensoñación, anhelo de solidaridad y afecto. Es como si el espacio público se hubiera privatizado y la gente ya no tuviera contacto entre sí ni una relación vital con la realidad que la rodea.

Crary es un estudioso del arte del siglo XIX y profesor en Columbia; realizó contribuciones esenciales a la relación entre visión, observador y modernidad. La figura del individuo absorbido por una pantalla le permite en este libro exploraciones sobre dos asuntos centrales y también muy próximos a su especialidad: el tema de la atención y el comportamiento de la mirada.

A medida que la racionalidad técnica se volvió más invasiva se lanzó también a la conquista de la atención. Ella se volvió un campo de batalla del que salió victorioso el mercado, puesto que la volvió fluctuante, desconcentrada y la devaluó saturándola de imágenes a las que en realidad no se observa. Esto, por cierto, trajo consecuencias para el mundo del arte, que arriesga con quedarse sin espectadores capaces del necesario detenimiento ante la obra. Un mundo lleno de imágenes artificiales tiene asimismo como consecuencia una creciente incapacidad para apreciar los fenómenos, los paisajes y los colores de la naturaleza, afirma, un tanto melancólicamente, Crary. El segundo gran objetivo del capitalismo óptico es, por supuesto, condicionar el comportamiento del ojo humano. Las corporaciones que gobiernan Internet se

interesan sobremanera en el “seguimiento ocular”. ¿Cómo se desplaza la retina sobre la pantalla, qué la atrae en primer lugar? Los conocimientos sobre el tema se ponen, desde luego, al servicio de la economía.

Del estudio del globo ocular se pasó al del rostro: ambas investigaciones se ponen, además, al servicio de la identificación de las personas y para acumular un registro de sus itinerarios tanto urbanos como digitales. La expresividad facial, otro tema que en manos de un experto en pintura se vuelve sugerente, empezó a ser un problema en las sociedades cortesanas, que se abocaron a imponer un autocontrol cada vez mayor. La fotografía primero, y luego las ilimitadas imágenes que cuya circulación facilitaron sucesivas generaciones de avances técnicos, convirtieron al rostro en algo casi anónimo y proliferante a la vez.

El examen de las formas de la atención, la persecución de los recorridos de la vista sobre el plano de la pantalla, el interés por la mímica de la cara son temas que interesan al historiador del arte y al especialista en *marketing*, al experto en seguridad y al técnico en comunicaciones o tecnología. No se trata de sutilezas eruditas, sino de grandes asuntos que se traducen en un conocimiento de la personalidad contemporánea y de su capacidad para actuar incluso a nivel político, por no hablar de dominar sus impulsos para comprar y endeudarse.

El ensayo de Crary permite una lectura fluida y recurre a una gran variedad de fuentes. En contraste con otras posiciones críticas sobre Internet –cuyo énfasis central está puesto en la vigilancia, el control total que ella posibilita y en su capacidad para vulnerar cualquier intimidad– Crary se inclina por otro punto de partida. Su perspectiva sobre el poder tecnológico resultaría más próxima a la de Michel Foucault (cuyo nombre no se encuentra en la profusa galería de pensadores en los que se apoya) puesto que denuncia menos el aspecto represivo que el productivo de la Red: ella modela comportamientos, incentiva hábitos “vitalicios” y se vuelve indispensable para la vida de unos sujetos cada vez más aislados. Quienes deploran el llamado capitalismo de control suelen subrayar, a veces con tonos paranoides, la exposición absoluta a la tecno-vigilancia; pero, en opinión del autor, el problema a enfrentar no es tanto la vigilancia misma sino el capitalismo.

Y es que en un mundo finito el capitalismo despliega su expansión en apariencia infinita. De manera paradójica, dicha expansión ya no promete un porvenir radiante sino que nos fija en un presente perpetuo. Ese presente se promueve como un progreso, pero resulta incapaz de proyectar estabilidad y futuro. Está cargado de contradicciones. Los voceros del capitalismo exuberante sólo reiteran la necesidad de planes de austeridad que permitirían el crecimiento sin límites mientras el mundo camina a un colapso ambiental y se multiplica la desigualdad. La tecnología pretende controlar todo, pero muchas veces contribuye al desorden entrópico; la hegemonía de la computación aceleró la crisis de los mercados en 2008, por ejemplo. La preponderancia tecnológica condena a los seres humanos a ser una especie de periferia de ella, dado que restringe la acción y la creatividad humanas. Crary recuerda la expresión del filósofo Günther Anders en los años 1950, cuando se temía el holocausto nuclear y parecía que la ciencia había hecho posible “un futuro sin nosotros”. ¿Qué puede decirse ahora cuando es posible que la Inteligencia Artificial asuma el comando del arsenal atómico de los países? De manera sorprendente, la ciencia sigue siendo la principal fuente de legitimidad del sistema, advierte Crary.

Con todo, su libro carece de cualquier propuesta táctica que permita imaginar una salida al establecimiento de una nueva humanidad hipnotizada mediante múltiples pantallas, fuera de un llamado genérico a la vida *off-line* y un repliegue económico, quizá algo romántico, hacia el decrecimiento. Pero no es necesario ni acordar completamente con su ominoso panorama del presente ni tampoco considerar realista su programa sobre el futuro para valorar algunos

comentarios documentados y ciertos análisis reveladores que sostienen la apasionada argumentación de *Scorched Earth*.